

3E

11

COPPER

OPRATIUM

DE BALVA

PQ2211

63

S98

P.

G.



1020026206

SUFRIMIENTO QUE SALVA

29852

FRANCISCO COPPÉE  
DE LA ACADEMIA FRANCESA

# SUFRIMIENTO QUE SALVA

Infirmitas hæc non est ad  
mortem, sed pro gloria Dei.  
San Juan, X. 4.

VERSION ESPAÑOLA  
DE  
VICTOR FERNANDEZ FERRAZ



MEJICO  
TALLERES TIPOGRAFICOS "DE ELIZALDE"  
PUERTA FALSA DE STO. DOMINGO 5  
FONDO  
BICARDO COVARRUBIA

1903

86157

843

PQ 2211

C3

898

SUPERMIENTA  
QUE SALVA



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
ENRRIQUE RICARDO COVARRUBIAS

72123

A mi piadoso y sabio amigo

El Señor abate FOUQUET,

Limosnero del Liceo San Luis.

Profesor honorario de la Facultad de Teología

In Christo Patri,

Filius.

F. C.

## DOSPALABRAS AL LECTOR:

A la amabilidad del señor Don Fernando Luis J. de Elizalde, persona de exquisito gusto literario, debo el honor de traducir la presente obra de Francisco Coppée.

Este honor se ha trocado para mí en un verdadero deleite espiritual, pues las páginas del libro de Coppée, expresión viva de la sinceridad más cabal, á parte de su gran mérito literario, están sombreadas acá y allá por pensamientos morales y religiosos é inundadas por esa luz superior que ilumina con hermosa claridad los caminos oscuros de la vida.

Su libro no es sólo una producción literaria cualquiera. Su aparición en Francia, en ese hermoso país hoy tan castigado por el azote del sectarismo, ha sido un verdadero acontecimiento literario. Su lectura ha regocijado muchos corazones lacerados por el dolor, ha enjugado muchas lágrimas y cicatrizado muchas heridas, derramando consuelos inefables, regocijando á los creyentes y haciendo ver á muchos tibios aquella verdadera luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo.

Creemos que no estará de más una versión castellana de este hermoso libro, y por eso hemos puesto gustosos manos á la obra.

EL TRADUCTOR.

---

---

## PREFACIO

---

En el decurso del año pasado, después de una serie de graves quebrantos de salud que me pusieron por dos veces en peligro de muerte, volví á las prácticas de la religión católica que había abandonado desde mi adolescencia.

Publiqué entonces en un periódico parisien- se un artículo semanal en que hablaba, siguiendo los vuelos de mi fantasía, de los asuntos más diversos. Durante mi larga enfermedad, y no obstante mis crueles sufrimientos, no dejé de colaborar en el periódico y la mayor parte de mis crónicas fechadas en 1897 fueron escritas con mano febril, apoyado en la almohada y guardando la molesta posición de un achacoso lleno de vendajes, semejante á una momia del antiguo Egipto.



El público recibió muy bien aquellos artículos y su benevolencia debíase menos al mérito de los escritos—admitiendo que tuvieran alguno—que á su sinceridad. En ellos manifestaba yo todo lo que pensaba y sentía con absoluta franqueza, que á mis amigos les parecía á veces temeraria. La influencia de los nuevos sentimientos que inundaron mi corazón en el momento más crítico de mi enfermedad y que desde entonces lo penetraron por completo, forzosamente debía manifestarse en mis espontáneos escritos.

Algunas personas, cuyo parecer respecto en sumo grado, me aconsejan que reuna las páginas en que narré á los lectores mi conversión á Dios. Este libro responde á aquellos prudentes consejos, y en él no debe buscarse plan ni composición, pues no es otra cosa más que una serie de artículos de periódico; mas que despertará, así lo espero, algunas simpatías en las almas cristianas y no será quizás inútil para los muchos que, habiendo abandonado las creencias de su juventud, lo deploran ya hacia el fin de su vida, sin tener sin embargo, el valor de pedir á Dios que les devuelva esa fuerza interior por ellos y para ellos perdida.

A propósito de estos espíritus confusos, para quienes la duda no es la blanda almohada de que habla Montaigne, y que se de tienen, digá-

mosio así, al borde de la fe, coloco al principio de este libro la relación sucinta de la revolución moral en mí realizada. Durante mucho tiempo me ha sucedido lo que á ellos y he sufrido la misma enfermedad. Les ofrezco el remedio que me ha curado.

Fui cristianamente educado, y después de mi primera comunión cumplí con mis deberes religiosos durante muchos años con sencillo fervor. Lo diré francamente: la crisis de la adolescencia y la vergüenza de hacer ciertas confesiones me impelieron á renunciar á mis piadosas costumbres. Muchos que están en este caso convendrían si fueran sinceros, en que lo que los alejó de la religión fué la regla severa que ésta impone á todos respecto á los sentidos, y en que sólo más tarde han pedido á la razón y á la ciencia argumentos metafísicos que les permitan no molestarse. En cuanto á mí, al menos, así sucedió. Dejé mis buenas prácticas por mal entendida vergüenza y todo el mal procedió de esta primera falta contra la humildad que considero como la más necesaria de todas las virtudes.

Dado este paso, en mi camino había forzosamente de leer libros, oír palabras y presenciar ejemplos destinados á convencerme de que nada hay más legítimo en el hombre que obedecer á su orgullo y á su sensualidad; y muy pronto

llegué á ser indiferente á toda preocupación religiosa. Mi caso, bien se ve, es trivial. Fué la vulgar deserción del soldado cansado de la disciplina. No era que aborreciese la bandera bajo la cual había servido: había huido de ella y la olvidaba.

Hoy que he vuelto á encontrar la fe me pregunto aún si llegué á perderla por completo. Pueden encontrarse en mis escritos algunas páginas, aunque raras—de que reniego y detesto—en las cuales he hablado de las cosas religiosas con torpe ligereza y aun á veces con la más culpable audacia; en vano se buscaría en ellas al blasfemo.

Cuando, por casualidad, entraba en una iglesia, el respeto me esperaba en el umbral y me acompañaba delante del altar. Siempre me acompañaron las ceremonias del culto por su venerable carácter de antigüedad, su fausto armonioso, su solemne y penetrante poesía. Nunca introduje el dedo en la pila del agua bendita sin estremecerme: tal vez sería el remordimiento.

Sí, cuanto más lo pienso más creo en que un poco de la fe cristiana dormitó siempre en el fondo de mi corazón. Su huella se encontraba sin duda en la resignación con que siempre acepté las desgracias de la vida. Es verdad que desde hace mucho tiempo he sido colocado en

tre aquellos á quienes se ha convenido en llamar felices; pero mi juventud fué muy dura. Yo conocí la pobreza, casi la miseria, sin mencionar otras penas aún peores. Nunca lancé un grito de protesta.

Beati mites, dijo Nuestro Señor en la montaña. Yo, en efecto, he tenido la dicha de que en el ocaso de mi vida, cuando ha reaparecido el sufrimiento y haciendo mal uso en los días prósperos de los favores de que me había colmado, dejara Dios caer sobre mí un rayo de su misericordia y me devolviera los consuelos de la oración y de la fe.

Esta conversión—para llamarla por su nombre—fué rápida sin duda, pero no repentina, ni acompañada de circunstancias extraordinarias. Sin embargo, debo atribuirla á la gracia divina; pues, cuando comparo mi estado moral al en que me encontraba hace algunos meses, me quedo estupefacto ante tal cambio, y me parece milagroso. El beneficio que de ello recibo está al alcance de todos. Para obtenerlo basta pedirlo con humilde y sumiso corazón.

Siquier no sea yo más que un poeta, un escritor y aunque mi vida intelectual se haya ocupado casi toda en el trabajo literario y en el cuidado de mi arte, á veces era atormentado, como todo hombre que piensa, por el pavoroso misterio que nos rodea y me preguntaba: “¿Por

qué la vida? ¿Por qué la muerte?" y sobre todo: "¿Por qué el dolor? ¿Por qué las lágrimas?"

En presencia de estos temibles problemas el espíritu humano, como es sabido, sólo ha encontrado soluciones inciertas y además contradictorias. Ninguna me satisfacía. Los que descartan la creencia en un Dios que nos ve y nos juzga y en nuestra responsabilidad más allá de esta vida, me repugnaban particularmente. Ante el espectáculo de tantas injusticias la suposición de que el bien y el mal realizados por el hombre no tendrían consecuencias más que en este mundo, me parecía completamente absurdo. En otros términos, yo he sentido siempre la necesidad de Dios.

Crear en Dios y en un alma responsable no es evidentemente, como vida interior, más que un *minimum*. Por frío y mediano que sea, en este grado, el sentimiento religioso, basta, sin embargo, para sostener á muchos hombres en sus deberes evidentes. Pero vivir según el honor cuando uno es hijo de gentes honradas y cuando de niño no se han presenciado más que buenos ejemplos, no es, ciertamente, gran mérito. Mi conciencia, sobre todo de algunos años acá, era más exigente. Cuando pensaba en mi último fin y trataba de juzgarme como un día me juzgaría Dios, no quedaba contento

de mí mismo. Cuando recapitulaba mi pasado con frecuencia tenía de qué avergonzarme y sentía que pesaba sobre mí la dura carga de mis faltas. Por debilidad, por cobardía no reformaba mi conducta; mas es preciso creer, lo repito, que había en mí algo de cristiano, porque muchas veces por el pensamiento hacía una especie de acto de contrición y que había también algo de católico, porque toda muerte que no fuera precedida de la confesión y del perdón me parecía espantosa.

El Dios de indulgencia y de bondad me reservaba algo mejor que un prematuro y tembloroso arrepentimiento *in extremis*.

En el mes de enero de 1897, durante mi permanencia en Pau, en donde, sufriendo hacía ya algunos meses, había ido á refugiarme del invierno, tuve que llamar repentinamente á mi cirujano de París y que sufrir una peligrosa operación. Entonces me dí cuenta exacta del peligro que me amenazaba y supliqué á la excelente hermana dominica que velaba junto á mi lecho—á la cual consagró un recuerdo en este libro—que fuera á buscarme un confesor en caso de que mi estado se agravase. Pero mi amigo el doctor Duchastelet me salvó la vida por primera vez y sólo pensé en la pronta y completa curación que se me había prometido.

La advertencia estaba clara, pero no fué entendida; y tiemblo hoy al recordar mi culpable indiferencia y mi imprudente ligereza. He querido, por lo demás, mostrar cuán profundo era todavía en mi alma por esta época el olvido de toda idea religiosa trayendo á este volumen las páginas intituladas *Campanas y Lilas*. Cuando las escribí, hacía algunas semanas que había regresado á París, pero aún experimentaba la languidez de la convalecencia. Por su lectura se verá que el día de Pascuas de aquel año podía pasar junto á una iglesia sin experimentar ni siquiera el deseo de entrar en ella, yo, que al año siguiente, por la misma época, había de comulgar humildemente cumpliendo con el deber de todo cristiano.

La mejoría de mi estado físico fué de corta duración. Al principio del mes de junio una nueva intervención del bisturí, más vigorosa que la primera, me retuvo una vez más en el umbral de la muerte. Esta recaída me obligaba á guardar una penosa inmovilidad durante muchos días. Entre ellos pasé algunos terribles. Entonces fué cuando mi espíritu se volvió hacia los pensamientos graves. Habiéndome juzgado con rigurosa escrupulosidad me hastié, tuve horror de mí y esta vez vino el sacerdote, el mismo á quien dedico este libro.

Lo conocía hacía ya tiempo, pero poco. En-

contrándolo en casa de algunos amigos me había complacido su exquisita dulzura y su espíritu distinguido. Al presente es uno de los hombres que más amo en el mundo, mi querido consejero, el íntimo visitador de mi alma y mi padre en Jesucristo. Me confesé con las lágrimas del arrepentimiento más sincero y recibí la absolución con un consuelo inefable. Pero cuando el sacerdote habló de darme la Eucaristía titubee lleno de turbación, no sintiéndome digno del Sacramento. El peligro de muerte no era inminente. El hombre de Dios no insistió.

“Orad, me dijo, y leed el Evangelio.”

Durante semanas y meses pasados en el lecho y en la alcoba he vivido, pues, con el Evangelio; y, poco á poco, cada línea del libro santo se ha convertido en una cosa viva para mí, afirmándome que decía la verdad. Sí, en todas las palabras del Evangelio he visto brillar la verdad como una estrella, la he sentido palpitar como un corazón. ¿Cómo no creer en adelante en los milagros y en los misterios cuando acaba de realizarse en mí una transformación tan profunda y misteriosa? ; Porque mi alma estaba ciega para la luz de la fe y la ve ahora en todo su esplendor; estaba sorda al Verbo de Dios y hoy lo oye en su persuasiva suavidad; estaba

## XVIII

paralizada por la indiferencia y ahora se eleva al cielo con el más vigoroso entusiasmo y los impuros demonios que la turbaban y la poseían han sido para siempre expulsados de ella!

Alzais los hombros, orgullosos hinchados de vana ciencia. ¿Qué me importa? Ni siquiera os pediré que me expliquéis cómo la palabra de un humilde artesano de Galilea, confiada por él á algunos pobres con la orden de enseñarla á todas las naciones, resuena victoriosamente todavía después de diez y nueve siglos por dondequiera que el hombre no es ya un bárbaro. Todo lo que sé es que esta misma palabra oída y comprendida por mí en horas crueles, tuvo la prodigiosa virtud de hacerme amar mi sufrimiento. Salgo de mi prueba físicamente disminuído y destinado á sufrir probablemente hasta el fin la esclavitud de una enfermedad muy penosa. Sin embargo, puesto que he leído y meditado el Evangelio, mi corazón está, no sólo resignado, sino lleno de tranquilidad y de valor. No hace dos años, gozando aún de alguna salud, pero experimentando ya los primeros golpes de la edad, veía llegar con espanto la vejez, con su cortejo de tristezas, de cansancios y de pesares. Hoy que me agobia prematuramente la acojo con firmeza, qué digo, hasta con gozo, pues si no llamo á los dolores y á la muerte, al menos no los temo ya, habiendo

## XIX

aprendido en el Evangelio el arte de sufrir y de morir.

Si algún bien he hecho durante mi vida—pues en suma, no fuí un perverso—Dios me lo ha recompensado con magnífica generosidad concediéndome ese germen de inocencia y de sencillez que hoy siento vuelve á florecer en mí. Eso es lo que me ha permitido leer y releer el Evangelio como debe ser leído, es decir, con la inteligencia del corazón, *mente cordis sui*, según la expresión de San Lucas. Teniendo que comenzar de nuevo toda mi educación religiosa, ciertamente me he dedicado cada día á lecturas hermosas y substanciales durante casi un año, y los santos y los doctores han levantado delante de mí el velo de los misterios y han iluminado sus profundidades con la doble antorcha de la ciencia y de la razón. Seguramente estos estudios me han sido muy útiles y preciosos, no menos que las enseñanzas del sabio y buen sacerdote que quería recordarme las verdades eternas. Sin embargo, convengo en ello, no tengo inteligencia teológica. Molesto ignorante, no he tratado de penetrar las obscuridades del dogma y he leído sobre todo el Evangelio, pidiendo fervorosamente á Dios que me conceda la sumisión de los pobres de espíritu.

Hube de hacerme semejante á los niños que

Nuestro Señor quería que dejaran ir á El, y delante de los cuales dijo que el reino de los cielos es para aquellos que se les asemejan. He escuchado el Verbo Divino con tanta simplicidad como los pescadores del lago de Tiberíades, á quien Jesús hablaba sobre las olas, sentado en la proa de pequeña barca. Un imperioso deseo me impelia hacia Dios. No he resistido, me he dejado guiar; en una palabra: he obedecido y hoy saboreo las delicias de la obediencia.

Hacia fines de octubre, en la proximidad de la patética fiesta de la conmemoración de los fieles difuntos quedó definitivamente sellada mi reconciliación con Dios. Lleno de fe y de sumisión, recibí entonces la santa Eucaristía, asociando á este gran acto el recuerdo de los seres queridos que me esperan en la vida eterna.

"Pero después de la conversión nada parece haber cambiado en usted," me dicen algunos con incrédula sonrisa.

Así prueban, una vez más, cuán impenetrable es el hombre al hombre; pues yo sé muy bien que soy otro. Claro está que el hecho de rezar mis oraciones mañana y tarde, de ir á la iglesia los domingos y días de fiesta y de cumplir mis deberes religiosos no ha modificado por modo sensible mi vida aparente. En verdad no se leen en mi frente las reformas que

he podido realizar en mis acciones y en mis pensamientos, ni la resistencia que opongo ahora á tentaciones á las cuales hubiera cedido en otro tiempo. Es exacto.

Ni me admira que después de todo no se note en mí cambio alguno, pues mis progresos en la vida cristiana, es decir, hacia la perfección moral, son todavía muy débiles. Sin embargo, he llegado á ser conmigo mismo tan severo como me ha sido posible; á aquellos que amaba los amo más, mejor y de otro modo que antes, y hago constantes esfuerzos por llegar á ser más caritativo y mejor. Sí, á pesar de muchas flaquezas en mi conducta y—de lo que me acusa con mayor dolor—no obstante algunos últimos accesos de duda y de sequedad del corazón me disgusto menos que en otros tiempos, y con frecuencia, cuando pienso en los días entristecedores que me quedan de vida y en la muerte que se avecina, me inunda un sentimiento de dulzura que á mí mismo me reprende.

Esta paz del alma no se obtiene más que por la admirable disciplina de la religión, por el examen de conciencia, por la oración. Así los mejores instantes de mi vida son aquellos en que me dirijo á Dios ofreciéndole el arrepentimiento de mis culpas pasadas y mi buena voluntad para el porvenir y en que le pido aquella paz que nos ha prometido en la otra vida y

euyo delicioso presentimiento nos da su gracia en este mundo. Sí, la hora en que rezamos, en que nos ponemos en presencia de Dios es lo más bello que en verdad aquí existe. ¡Bendito, pues, sea una y mil veces el sufrimiento que me ha conducido hacia El. Pues ahora lo conozco, conozco al Incognoscible! ¡El Evangelio me lo ha revelado. El es el Padre, es mi padre!

¡ Puedo hablarle sin cuidado y El me escucha con ternura!

Las hojas esparcidas que hoy reuno y que según dije no merecen el nombre de libro, han sido escritas por mí durante la crisis de mi alma que en suma he referido. Durante su publicación en la prensa su acento de sinceridad conmovió más de un corazón y ha conducido hacia la Cruz algunas almas que hacía mucho tiempo se había apartado de ella: lo sé. Por ello he estado gratamente satisfecho, pero no me ha sorprendido, pues muchos espíritus, fuertemente hastiados del materialismo triunfante y embaucados por tantas otras doctrinas filosóficas que pueden contener una parte de sabiduría y de verdad, la mejor de las cuales no es buena más que para una imperceptible selección, son atraídos al presente, hacia los brazos abiertos del Crucifijo. La mayor parte, sin embargo, detenidos por el resto de punible

ororgullo, quédanse aún en el umbral de la Iglesia.

¡ Ojalá puedan ver en estas páginas cuán feliz soy habiéndolo pasado y ojalá algunos de los que titubean aún se aprovechen de mi ejemplo de mi acto de fe para volver al amoroso seno de la Iglesia!